

# La superposición de la vida y la muerte en *2666* de Roberto Bolaño

Angélica TORNERO SALINAS  
 Universidad Autónoma del Estado de México  
 Universidad Nacional Autónoma de México

El objetivo de este artículo es explorar, en la novela *2666*, del escritor chileno Roberto Bolaño, la ficcionalización del crimen, a partir del análisis e interpretación de las dos partes de la novela en las que se aborda directamente la temática: “La parte de los crímenes” y “La parte de Archimboldi”. En ambas “partes”, las voces narrativas toman distancia de los acontecimientos, lo cual conduce a los lectores a experimentar la pérdida de la línea que divide a la muerte de la vida. En Santa Teresa, en donde se asesina a las mujeres, y en el sitio ubicado en Polonia, a donde llegan los judíos, la vida y la muerte se imbrican. Los que viven ahí, ya están muertos.

PALABRAS CLAVE: voces narrativas, discurso, mal, crimen.

The aim of this article is to analyze, in the novel *2666*, of the Chilean writer Roberto Bolaño, the fictionalization of the crime. This study is based, particularly, on the two parts of the novel in which the thematic is approached directly: “La parte de los crímenes” y “La parte de Archimboldi”. In both “parts”, the narrative voices take distance from the events. This structure leads the readers to experience the loss of the line that divides life from death. In Santa Teresa, where women are murdered, and in the site located in Poland, where the Jews arrive, life and death are overlapped. Those who live there, are already dead.

KEY WORDS: narrative voices, discourse, evil, crime.

## *I. Introducción*

Una de las catástrofes más grandes del siglo XX, la reclusión de millones de judíos en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial y las situaciones a las que fueron sometidos, ha dejado en evidencia de manera fehaciente que la barbarie mora en la entraña del “proceso civilizatorio” al que se le ha apostado desde hace ya varios siglos, durante la llamada Modernidad. De esto dieron cuenta hace años dos eminentes autores, Adorno y Horkheimer, en su obra *Dialéctica de la Ilustración*, y sus tesis se fortalecen día con día. Los esfuerzos que se han realizado y los recursos invertidos para lograr la anhelada civilidad no encuentran el eco esperado: las contradicciones se

agudizan cada vez más, y la salida se antoja muy lejana, prácticamente inalcanzable. Los actos de barbarie no sólo se han evidenciado en esta monumental acometida indecible, que puede considerarse el punto de arribo, sino también en muchas otras, anteriores a la aniquilación física pero no por ello menos condenables: las hambrunas y la morbilidad, la violencia criminal, expresada en crímenes contra mujeres, trata de personas, tráfico de órganos, formas de esclavitud modernas. A esto hay que agregar las guerras contra el narcotráfico y los “daños colaterales”.

En 2666, Roberto Bolaño se dio a la tarea de ficcionalizar el horror provocado por la dialéctica irresoluble civilización-barbarie a la que nos enfrentamos hoy de manera irrecusable, a partir de dos fenómenos: los genocidios, durante la Segunda Guerra Mundial, y los crímenes contra mujeres cometidos en Ciudad Juárez, en México. Sería inexacto decir que en la novela existe un paralelismo entre estos dos sucesos históricos. Es evidente que el núcleo de la narración está ubicado en el fenómeno de los crímenes contra mujeres en Ciudad Juárez y que en torno a esto radica la historia narrada en cinco partes. Sin embargo, no resulta ocioso, ni mucho menos, realizar un análisis de la manera en que el autor expresa el horror en cada una de estas situaciones. Destaca la semejanza, en la elección de Bolaño, de la forma de describir y narrar ambos sucesos. Así, el objetivo de este artículo es explorar la configuración discursiva del crimen, a partir del análisis e interpretación de las dos partes de la novela en las que se abordan directamente los asesinatos contra mujeres y los genocidios: “La parte de los crímenes” y “La parte de Archiboldi”, que corresponden a la cuarta y quinta partes. La novela consta, además, de “La parte de los críticos”, que es la primera; “La parte de Amalfitano”, la segunda, y “La parte de Fate”, la tercera. Se volverá a esto en el siguiente párrafo.

De las dos partes elegidas para realizar este estudio se exploran la voz narrativa y la perspectiva. En “La parte de los crímenes” un narrador en tercera persona describe la manera en que son hallados los cuerpos de las mujeres asesinadas. La narración combina formas del discurso periodístico, con el forense y el ficcional. Esta combinación elimina la gravedad de la muerte y provoca el efecto de producción de cadáveres en serie. En cuanto a “La parte de Archiboldi” se ha elegido la historia narrada por el personaje llamado Leo Sammer, en relación con los crímenes contra los judíos. Se trata de un relato dentro del relato de la vida de Archiboldi, narrado en primera persona precisamente por Sammer. Aquí, se combinan formas del discurso ficcional con el testimonial, específicamente en la forma de confesión, y el discurso de la burocracia. Aun cuando esta voz narra de manera directa lo que ha experimentado, se percibe la distancia, lograda por este discurso indiferente e inútil. Es decir, Sammer narra sobre los sucesos ocurridos a los judíos como si se tratara de objetos prescindibles y no de seres humanos. En ambas partes, las voces narrativas toman distancia de los acontecimientos, lo cual convierte a las narraciones en algo semejante a “partes policiales”, ofrecidos por medios de comunicación o agencias de investigación. La forma discursiva orienta a los lectores a experimentar la pérdida de la línea que divide a la muerte de la vida. En Santa Teresa y en el sitio al que llegan los judíos en el relato de Sammer,

la vida y la muerte se superponen, se ubican en un mismo espacio-tiempo. Los que viven ahí, ya están muertos.

2666 fue publicada de manera póstuma, en 2004. Aun cuando el escritor tuvo intenciones de publicar de forma separada las cinco “partes” de las que consta la novela, los editores decidieron conjuntarlas en una sola obra (Herralde: 49). Esta decisión hizo de 2666 una novela monumental, compleja, en la que numerosas historias se imbrican. La estructura fragmentaria e inconclusa y la interrelación de historias hace inútil el ejercicio de reseñar la novela en unas cuantas líneas. Enseguida se ofrecerán sólo algunos elementos que permitan ubicar a los lectores frente a esta obra magna.

Las cinco partes de la novela están relacionadas y a la vez conservan su independencia. Santa Teresa es el pivote en torno al cual giran los personajes, de manera evidente, en las cuatro primeras partes. La quinta parte está también relacionada con esta ciudad, aunque de manera indirecta. En la primera sección, titulada “La parte de los críticos”, se narran las vicisitudes de un grupo de críticos literarios, europeos, admiradores de la obra de Archimboldi. Animados por un estudiante mexicano que conocen en Francia, los críticos acuden a Santa Teresa a buscar al escritor, quien, al parecer, sería propuesto para obtener el Premio Nobel. La búsqueda es infructuosa. Los críticos no encuentran a Archimboldi, pero sí un mundo enrarecido, que los atrapa irremisiblemente y del cual deben huir. La segunda, “La parte de Amalfitano”, narra la historia de un investigador español que es invitado a la universidad de Santa Teresa por una académica y que, finalmente, decide vivir en esta ciudad con su hija. Este personaje se cuestiona constantemente la decisión que tomó de vivir en esta ciudad y desea salir de ahí y sacar a su hija. Amalfitano tradujo algunas obras de Archimboldi, por lo que los críticos entran en contacto con él. Enseguida encontramos “La parte de Fate”, que narra la historia de Quincy Williams, conocido como Oscar Fate, periodista estadounidense, reportero de notas deportivas, que es enviado a cubrir una pelea de box. Fate se introduce en el sórdido mundo de Santa Teresa, que lo atrapa. Se enamora de la hija de Amalfitano. En “La parte de los crímenes” se narran los crímenes, asesinatos y violaciones de mujeres, que ocurren entre 1993 y 1997 en Santa Teresa. En la quinta parte, “La parte de Archimboldi”, se narra la vida de Hans Reiter, cuyo seudónimo es Benno von Archimboldi, como soldado del régimen nazi; se ofrecen asimismo fragmentos de su vida como escritor. Archimboldi viaja a Santa Teresa para ayudar a su sobrino, que había sido arrestado como sospechoso de los crímenes cometidos en esa ciudad.

## II. *Los cadáveres en Santa Teresa*

La escritura del horror se logra con gran eficacia en “La parte de los crímenes”. La combinación de discursos y la presentación hiperrealista de los sucesos que prevalecen en esta parte introducen a los lectores en el mundo enrarecido, sobrecogedor y espeluznante de Santa Teresa. La relación entre discursos o configuración interdiscursiva

se logra con la repetición de las estructuras de los discursos judicial y forense, insertadas en el discurso literario.

Para describir la interdiscursividad partiremos de las ideas desarrolladas por Tomás Albadalejo. Para este autor, los discursos no se presentan de manera aislada. Los seres humanos participan como emisores y receptores de diversos discursos de tipo retórico, literario, filosófico, periodístico e histórico, entre otros, que se relacionan interdiscursivamente. Estas relaciones se dan por semejanza y por diferencia (Albadalejo: 28-29). De esta premisa se deriva que el discurso literario puede ser analizado no en sí mismo, como si se tratara de una entidad cerrada, sino precisamente en el marco de las relaciones que establece con otro tipo de discursos.

En “La parte de los crímenes”, la interdiscursividad desestabiliza el discurso ficcional. No es claro ya, desde el punto de vista de definición categórica, cuáles deben ser los constitutivos del discurso de ficción. La inserción de formas discursivas propias de otro tipo de ámbitos de interacción comunicativa no sólo desestabiliza el conocimiento que los lectores tienen sobre la configuración de las obras de ficción, sino que subraya la frágil línea que divide la ficción de la realidad. En efecto, los lectores leen una obra narrativa de ficción, pero lo que se cuenta ahí está basado en hechos reales; además, se utiliza un discurso semejante al de la esfera de realidad de lo judicial, que bien podría ser el discurso original. En el siguiente fragmento encontramos esta configuración:

Dos semanas después, en mayo de 1994, fue secuestrada Mónica Durán Reyes a la salida de la escuela Diego Rivera, en la colonia Lomas del Toro. Tenía doce años y era un poco atolondrada pero muy buena alumna. [...] Tanto la madre como el padre trabajan en la maquiladora Maderas de México. [...] Tenía una hermana más pequeña [...] y dos hermanos mayores [...]. Su cuerpo apareció dos días después del secuestro, a un lado de la carretera Santa Teresa-Pueblo Azul. Estaba vestida y a un lado tenía la cartera con los libros y cuadernos. Según el examen patológico había sido violada y estrangulada. En la investigación posterior algunas amigas dijeron haber visto subir a Mónica a un coche negro, con las ventanas ahumadas, tal vez un Peregrino o un MasterRoad o un Silencioso. No daba la impresión de estar siendo forzada. Tuvo tiempo para gritar, pero no gritó. Incluso, al divisar a una de sus amigas, se despidió de ella haciéndole una señal con la mano. No parecía asustada (2009: 515-516).

Se especifica la fecha, mayo de 1994, en relación con el cadáver encontrado unos días antes. Estas referencias son permanentes en el texto. La intención es que el lector comprenda el sentido temporal, basado en las marcas cronológicas, dadas por el calendario. Estas marcas responden a un registro realista; no se trata de alterar el tiempo ni de realizar juegos en este sentido. Así, los lectores enfrentan un “informe” de lo ocurrido en los últimos cuatro años, en relación con los crímenes cometidos en Santa Teresa. Esta motivación realista logra el efecto deseado: la saturación. La descripción de más de cien asesinatos, en este tono, provoca en los lectores, por lo menos, rechazo, si no es que horror, debido al exceso. La escritura bolañana indaga más allá de lo que Foucault llamó “la muerte del hombre” (2008). No se trata ya de un sujeto que está

sujetado a los discursos de poder; que sobrevive de acuerdo con estos discursos, sino de la aniquilación total del sujeto. Las mujeres en vida no son nada, como tampoco muertas. No van más allá de la estadística.

Además de esta organización cronológica de la descripción de los crímenes se menciona el nombre propio completo de la persona, su edad y su ocupación. Se agregan algunos datos relacionados con la familia y se ofrece información sobre la manera en que murió. Como se advierte, la información vertida parece haber sido tomada de un informe policiaco o periodístico “real”. Esta idea se confirma si acudimos a algunos de los documentos que existen, relacionados con los sucesos de Ciudad Juárez, Chihuahua, como es el caso de los informes de Amnistía Internacional:

El 21 de febrero fue hallado el cuerpo de una mujer joven en el terreno baldío cerca de donde se hizo la llamada de emergencia. Estaba envuelto en una cobija y presentaba señales de violencia física y sexual. La causa de muerte se determinó como asfixia por medio de estrangulación. El cuerpo de la mujer joven fue reconocido por los padres como el de Lilia Alejandra. El informe forense concluyó que llevaba muerta un día y medio y que permaneció en cautiverio al menos cinco días antes de su muerte (14).

El fragmento anterior, que forma parte del documento oficial, es muy semejante a la configuración propuesta en la novela bolañana. A excepción de los nombres, Bolaño parece haber retomado de este tipo de documentos la información y el esquema mismo para elaborar “La parte de los crímenes”. Más adelante se lee:

En la misma colonia Lomas del Toro, un mes más tarde, encontraron el cadáver de Rebeca Fernández de Hoyos, de treintaitrés años, morena, de pelo largo hasta la cintura, que trabajaba de mesera en el bar El Catrín, sito en la calle Xalapa, en la vecina colonia Rubén Darío, y que antes había sido obrera de las maquiladoras Holmes&West y Aiwo, de donde había sido despedida por querer organizar un sindicato. Rebeca Fernández de Hoyos era natural de Oaxaca, aunque ya llevaba más de diez años viviendo en el norte de Sonora. [...] Su cadáver lo encontró una amiga [...] La fallecida había tenido relaciones sexuales en las horas previas a su asesinato, aunque el forense no se atrevió a certificar si había sido violada o no (516-517).

En términos generales, en “La parte de los crímenes” prevalece la estructura del informe. No obstante, no se lee como si se tratara de un documento de este tipo, en primer término, porque se ha enmarcado en una obra de ficción, que consta de otras partes, resueltas de diferente manera, y en segundo lugar, porque en esta parte se introducen fragmentos de historias de personajes, que rompen, eventualmente, con el tono que produce el discurso del informe.

El autor no intenta disfrazar este hecho; retomar el discurso judicial, forense, e incluso el de los medios de comunicación, forma parte de su propuesta estética del horror. El discurso judicial-forense relacionado con el ficcional exacerba, violenta, desquicia a los lectores, que se enteran de las muertes no de las personas, de las mujeres y niñas

que fueron a partir de sus historias, sino de los nombres, las edades, las ocupaciones, la manera en que eran esclavizadas en las maquilas, la forma en que se convirtieron en cadáveres.

Otro aspecto importante de la configuración de “La parte de los crímenes”, que subraya el sentido de crisis que se vive en Santa Teresa, es la yuxtaposición de historias fragmentadas. Por un lado, encontramos las descripciones y micronarraciones de los asesinatos, en donde se incluyen, eventualmente, testimonios, y por otro se intercalan fragmentos de historias o episodios de otros personajes. Al tener carácter episódico, no se desarrollan, no evolucionan. Se abordan momentos de las vidas de estos personajes, vinculados con el tema de los asesinatos. Se tiene, así, en esta configuración, un conjunto de microhistorias fragmentadas, intercaladas con la descripción de los hallazgos macabros. Esta configuración necesariamente desestabiliza el discurso del informe forense-judicial, y con ello el de la propia voz narrativa. De aquí se desprende una interrogante, ¿es pertinente la pregunta por el tipo de narrador?

Es evidente que en el informe forense-judicial no se habla de un narrador, ya que quien da “el parte” es una autoridad o una institución, proveniente del ámbito de lo real. No se trata de afirmar que no hay narración en un informe: hay tiempo-espacio y una voz. Lo que no se hace, por lo menos no de manera asidua, es aproximarse al estudio del informe a partir de sus estructuras narrativas. En el marco de los estudios literarios, se exploran las estructuras narrativas. En este sentido, la pregunta es pertinente. Lo que deberá diferenciarse es la respuesta. La voz narrativa en tercera persona cumple una función en aquellas descripciones y narraciones sobre los crímenes, y otra cuando narra los testimonios o cuando narra historias de otros personajes.

En relación con la descripción de los crímenes, la voz narrativa es la de un investigador que ha leído informes, notas y referencias, y que ha logrado reconstruir lo ocurrido a lo largo de estos años. Esta voz cumple la función de informar sobre sus investigaciones. En este sentido, es difícil hablar de narrador testigo o narrador omnisciente u otra clasificación de la narratología. Además, cumple la función de relacionar los diferentes casos, a partir de la exposición cronológica, como se dijo arriba. No hay historias de las mujeres asesinadas que se vinculen, sino un conjunto de casos. Esta voz yuxtapone fragmentos, momentos, sucesos. Así, el narrador, que recupera la información sobre estos crímenes, realiza la tarea del investigador que, no habiendo sido testigo de los hechos, opta por recuperar la memoria colectiva. No se trata de un ejercicio de rememoración individual, porque este narrador se mantiene siempre a distancia, no recuerda, en lo individual, sino que reconstruye. De aquí que pueda hablarse de denuncia, ya no judicial, sino social, por estar insertada en un “producto” cultural, la novela, que será leído por personas que pueden ser o no afectas a la lectura de informes judiciales.

Ahora bien, si se explora la voz narrativa a partir de los testimonios, constataremos que es posible analizar este aspecto con herramientas propias del análisis literario.

El hallazgo lo realizó uno de los vendedores. Llegó a las nueve de la mañana al fraccionamiento y aparcó en el lugar de costumbre, junto a la casa prefabricada. Cuando

ya estaba a punto de entrar distinguió el otro coche estacionado en un lote que aún no estaba vendido, justo debajo de un promontorio, lo que hasta ese momento lo había mantenido oculto. Creyó que se trataba del coche del otro vendedor, pero desechó la idea por absurda, ¿pues quién, pudiendo estacionar al lado de la oficina, iba a dejar su vehículo tan lejos? Por lo que, en lugar de entrar, empezó a caminar en dirección al coche desconocido. Pero pensó que tal vez se tratara de un borracho [...]. En ese momento se inclinó por la idea del borracho y tentado estuvo de dar vuelta atrás, pero entonces vio la cabellera de la mujer reclinada sobre una de la ventanillas traseras y decidió seguir adelante. La mujer llevaba un vestido blanco y no tenía zapatos. Media cerca de un metro setenta [...]. Según el informe forense había sido violada de forma vaginal y anal y luego muerta por estrangulamiento (487-488).

La narración del hallazgo es realizada por el vendedor, a través de la voz del narrador. Es decir, la focalización está en este vendedor. Al terminar la descripción, el registro cambia y se recupera la voz distante, que introduce la descripción de la manera en que se halló el cuerpo, incluido el informe forense. Se tiene, así, la conjunción de los diferentes tipos de discurso de los que se ha hablado y la inclusión de un fragmento, en donde otro personaje interviene. Son varios los casos en que se repite este tipo de configuración. En el siguiente fragmento se expresa una situación semejante:

La mañana en que encontré a la muerta algo le llamó la atención mientras recogía, en la oficina del director, las llaves que le permitían el acceso a toda la escuela. Al principio no supe determinar qué era. Cuando había entrado en la sala de servicios se dio cuenta. Zopilotes. Volaban zopilotes sobre el descampado que estaba junto al patio. Sin embargo tenía mucho que hacer todavía y decidió ir a investigar más tarde. [...] Temía encontrar un perro muerto. Si era así iba a tener que volver a la escuela [...] e iba a tener que coger una pala y volver al descampado [...]. Pero lo que encontré fue una mujer. Llevaba una blusa negra y zapatillas negras y tenía la falda arrollada sobre la cintura. No llevaba bragas. Eso fue lo primero que vio. Luego se fijó en el rostro y supo que no había muerto aquella noche. [...] El nombre [de esta mujer] jamás se supo. El forense estableció que llevaba muerta varios días, sin precisar cuántos. La causa más probable de la muerte eran las cuchilladas recibidas en el pecho, pero también presentaba el cadáver una fractura de cráneo que el forense no se atrevió a descartar como causa principal. La edad de la muerta podía oscilar entre los veintitrés y los treintaicinco. Su estatura era de un metro setenta y seis centímetros (467-469).

El narrador se encuentra muy próximo al personaje, el conserje de la escuela que encontró el cuerpo de una mujer en un descampado. Como en el fragmento anterior, este narrador se acerca a la conciencia figural del personaje y nos ofrece la visión de éste. A partir de la frase: “El nombre de esta mujer jamás se supo”, la voz se retira del personaje, evidentemente, y cambia de registro. Se recupera el tono de la voz distante, que ofrece datos del informe del forense.

Se escucha la voz del narrador que recopila información, incluso aquella que surge de rumores. Con estos datos, ofrece apenas rasgos de la vida de una persona. Para expresar estas consideraciones sobre la muerta, basada en rumores, utiliza la disyunción.

Este recurso es muy frecuente en la reconstrucción de muchos de los casos; introduce la duda en relación con la información obtenida. Es prácticamente imposible llegar a la verdad.

En el marco de la configuración fragmentaria, “La parte de los crímenes” logra su cometido. La reiteración al infinito de esta estructura provoca la repulsión, el rechazo de estos hechos criminales. Por otro lado, insertar diferentes discursos es una solución eficaz. El discurso forense-judicial cobra un sentido diferente en el contexto de la novela. Al haber puesto en relación diferentes tipos de discurso, Bolaño configuró un híbrido que desdibuja las fronteras de los discursos y crea una entidad diferenciada, una interrelación. Los lectores responderán estéticamente a esta intervención discursiva, por así llamarla; experimentarán el horror de la violencia extrema y el crimen en Ciudad Juárez, que para Bolaño es “nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasosegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos” (Bolaño, 2004: 339).

## II. *Los judíos procedentes de Grecia*

En este inciso se analiza, en “La parte de Archiboldi”, el discurso de los crímenes cometidos contra los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Para ello, se ha elegido sólo un fragmento en el que Hans Reiter o Archiboldi, el personaje principal de esta parte, interactúa con un burócrata de la administración nazi, Leo Sammer, quien le contará algunos pasajes aterradores por los que atravesó durante su estancia en Polonia. De manera semejante a como ocurre en “La parte de los crímenes”, aquí se mezclan discursos: el del testimonio, específicamente en forma de confesión, con el discurso de la burocracia del Estado y el ficcional. Esta combinación de discursos provoca dos efectos diferenciados. Por una parte, cuando el narrador en primera persona adopta el discurso de la administración estatal, el efecto es de distanciamiento en relación con los sucesos. Esta forma discursiva elimina la dimensión humana no sólo de los presos judíos, que no son nada, sino también el del propio Sammer, que solamente está cumpliendo órdenes. Por otra parte, cuando Leo Sammer introduce, también en primera persona, el tono confesional, destacan aspectos emocionales; Sammer intenta ganar la simpatía del interlocutor, ya que dirá la verdad sobre su participación en los sucesos tremendos, con mayor o menor responsabilidad. La culpa forma parte del discurso de la confesión.

Al término de la guerra, Leo Sammer y Hans Reiter se conocen en el campo de prisioneros, en donde fueron encerrados para ser investigados, como sospechosos de crímenes de guerra. Aquí, Sammer narra a Reiter los sucesos que le perturban. En un principio, el relato de este personaje no es sincero. Para encubrir su verdadera identidad, Sammer ha cambiado su nombre y ha ofrecido una versión distinta en relación con su desempeño durante el nazismo. En el campo de prisioneros, a este personaje se le llamaba por su apellido, Zeller. Los compañeros sabían que Zeller había formado



parte del *Volkssturm* y que constantemente estaba acompañado por dos personas que habían corrido esta misma suerte. El narrador dice: “El tipo se llamaba Zeller y era flaco y retraído. Al verlo pasear por el campo, siempre en compañía de otros dos ex-combatientes del *Volkssturm*, su figura, tal vez por contraste con la de sus acompañantes, irradiaba una gran dignidad” (935). Esta versión convertía a Zeller en una víctima más del régimen nazista, porque la *Volkssturm* se constituyó hacia el final de la guerra, por orden de Hitler, como última oportunidad de resistir el contraataque de los aliados (Kiessel, 2005). El Führer ordenó reclutar a todos los hombres, jóvenes y viejos; a esta estrategia la denominaron *Volkssturm*. Los hombres, desde luego, podían o no compartir las ideas en las que se sustentaba esta guerra; simplemente fueron obligados a participar. Hacerse pasar como integrante de la *Volkssturm* colocaba a Zeller en una situación de ventaja como prisionero de guerra. En ese mismo fragmento, el narrador advierte sobre un rasgo distintivo de este personaje: a diferencia de sus acompañantes, “irradiaba una gran dignidad”. Esta idea será recurrente, lo que hace pensar que no se trataba de un simple trabajador, sino quizá de un funcionario del régimen, quizá de rango medio. Volvemos a esto más adelante.

En el presente del relato, los estadounidenses realizan interrogatorios a todos los prisioneros, por orden alfabético de apellido. Toca el turno a Reiter, quien dice la verdad de su situación y no teme, ya que, como muchos otros, fue un soldado de muy bajo rango, sin poder de decisión de ningún tipo. Fue simplemente un ejecutor de órdenes. Zeller pregunta a Reiter por el interrogatorio. Al paso de los días, el funcionario del régimen nazi se siente cada vez más nervioso porque sabe que su turno se aproxima. La presión que vive, lo conduce a hablar sobre los sucesos.

Leo Sammer ha llegado a un límite, psicológicamente, que lo obliga a hablar de sus crímenes; para ello ha elegido a Reiter como interlocutor. A diferencia de otros relatos, en donde las víctimas narran las atrocidades a las que fueron sometidas, aquí es el victimario el que narra. Es decir, en este fragmento predomina la visión de alguien que participó con un grado de conciencia en los actos atroces cometidos por el nazismo. En “La parte de los crímenes” la narración ocurre en tercera persona. Aquí, se intercala el narrador en tercera persona, que conserva de manera importante la focalización de Reiter, con la narración en primera persona del propio Sammer.

Este victimario, no obstante, es muy complejo. En la conciencia de Sammer no se expresa el “mal absoluto”, como lo denominó Hannah Arendt (1983), pero tampoco se puede hablar de una víctima, como el personaje quiere parecer. En Sammer hay una fuerte estructura basada en principios, que lo obligan a cumplir cabalmente las órdenes, por más absurdas que puedan resultar. Por otro lado, las experiencias personales de dolor modifican su manera de comprender la guerra, la muerte, y su propio papel como burócrata del régimen. Es decir, su conciencia está construida de manera dialógica, en términos bajtinianos (1992: 279), y las contradicciones son evidentes. Esto es evidente sobre todo cuando se inserta el discurso confesional.

Sammer inicia la historia “verdadera” de su estancia en Europa del este, con un discurso confesional que se enmarca en la estructura más general del discurso testimonial:

—Me llamo Leo Sammer y algunas de las cosas que te he dicho son ciertas y otras no —dijo el falso Zeller moviéndose en el catre como si le picara todo el cuerpo—. ¿Te suena mi nombre?

—No —dijo Reiter.

—No te tiene por qué sonar, hijo mío, no soy ni he sido un hombre famoso, aunque durante el tiempo que tú has estado lejos de casa mi nombre ha crecido como un tumor canceroso y ahora aparece escrito en los papeles más insospechados (938).

Sammer se desmiente a sí mismo; deja en evidencia que conscientemente decidió mentir para protegerse de los estadounidenses. Este personaje faltó a la verdad con la finalidad de no ser escarnecido y solicita —no literalmente sino en la situación de comunicación— la atención de su interlocutor. Al presentir que su final está cerca, decide relatar los hechos que marcaron su vida, utilizando la forma de la confesión. El personaje tiene necesidad de hablar para decir la verdad y deshacerse de la culpa o el pecado y alcanzar la redención. La confesión implica la expiación y el perdón, por lo tanto, la no condena. Desde luego, no le interesa Reiter como persona, sino deshacerse de su culpa. Nunca pregunta nada a Reiter sobre su vida, sus sentimientos, sus preocupaciones.

Desde el punto de vista discursivo, la confesión es un “ritual de discurso, dice Foucault, en donde el sujeto que habla debe coincidir con el sujeto del enunciado” (1999:173). De esta manera, se configura una identidad por medio del reconocimiento de las acciones y de los pensamientos propios. El que habla es el sujeto, que se refiere a sí mismo, a sus conductas y acciones culpables. A propósito de los niños alcoholizados de la región que administra, Sammer dice:

A veces los veía desde la ventana de mi despacho: jugaban en la calle con una pelota de trapo y sus carreras y saltos eran verdaderamente lamentables, pues el alcohol ingerido los hacía caerse a cada rato o fallar goles cantados. En fin, no quiero abrumarlo, eran partidos de fútbol que solían acabar a puñetazo limpio. O a patadas. O rompiendo botellas de cerveza vacías en la crisma de los rivales. Y yo lo miraba todo desde la ventana y no sabía qué hacer, Dios mío, cómo acabar con esa epidemia, cómo mejorar la situación de esos inocentes (939).

Este personaje es un funcionario del régimen que, antes de la muerte de su hijo, creía en la causa; es un empleado disciplinado y responsable, y fue ascendido por su desempeño. Al morir su hijo deja de creer en la guerra, no obstante sigue trabajando en favor del régimen. A pesar del gran dolor contribuye al daño irremediable que la intervención alemana provoca en diversos lugares. Sammer está consciente del mal y lamenta no poder hacer nada para remediarlo, no obstante, para mitigar su propio dolor, sigue adelante, trabaja, cumple, es disciplinado y obediente, con lo que colabora con la aproximación maldita que atraviesa al nazismo. Este pueblo de niños alcoholizados que se entretienen jugando fútbol, es un lugar sin esperanza y sin futuro; es un sitio en el que la muerte y la vida se superponen. Los niños están ya muertos. La administración alemana que está asentada en el pueblo polaco se dedica a asuntos ajenos a la

población: Sammer recluta obreros y los distribuye en las fábricas del Reich. Los polacos no judíos, en este caso, han perdido también su condición de humanos, porque no existen para la nueva administración. El personaje se confiesa vulnerable:

Lo confieso: me sentía solo, muy solo, muy solo. Con mi mujer no podía contar, la pobre no salía de su habitación a oscuras como no fuera para pedirme de rodillas que le permitiera regresar a Alemania, a Baviera, en donde se reuniría con su hermana. Mi hijo había muerto. Mi hija vivía en Munich felizmente casada y ajena a mis problemas. El trabajo se acumulaba y mis colaboradores perdían los nervios cada vez con mayor asiduidad. La guerra no iba bien y además había dejado de interesarme. ¿Cómo le puede interesar la guerra a quien ha perdido un hijo? Mi vida, en una palabra, se desarrollaba bajo permanentes nubarrones negros (939).

En este fragmento de la confesión, Sammer se victimiza. La experiencia del dolor lo ha conducido hacia la conciencia de la falibilidad humana. Sammer confiesa su vulnerabilidad para justificar su actuación como victimario. Esta victimización tiene como objetivo transponer la culpa. No es culpable, sino víctima de distintas situaciones que él no ha provocado. El yo se interpreta a sí mismo como alguien ajeno que no ha participado de manera consciente en las atrocidades cometidas por el régimen nazista. Sin embargo, esta actitud pone en evidencia que se siente culpable. Él creyó en la guerra, la apoyó, la administró, y la guerra provocó la muerte de su hijo. De aquí la necesidad de la confesión y, por lo tanto, de la redención.

Antes de la muerte del hijo, Leo Sammer no se siente culpable de nada. Para él, la guerra es una tarea más que es preciso desahogar. Para el burócrata, la guerra se resuelve con papeleo, con firmas, con el envío de trabajadores, con la administración local de un lugar insignificante en Europa del este. El propio Sammer dice:

[...] también tenía que ocuparme de mantener en funcionamiento la burocracia de aquella región polaca en la que siempre llovía, triste territorio provinciano que intentábamos germanizar, en donde todos los días eran grises y la tierra parecía cubierta por una mancha gigantesca de hollín y nadie se divertía de manera civilizada, con el resultado de que hasta los niños de diez años eran alcohólicos (939).

Sammer no combate, no arriesga su vida, no está expuesto al terror del otro al morir acibillado. Después de la muerte del hijo, para Sammer la guerra pierde sentido, y también la vida. No obstante, un impulso lo exhorta a seguir adelante. El narrador dice en algún momento: “el semblante de Zeller mostraba un deterioro progresivo, como si en su interior se desarrollara una lucha sin cuartel entre fuerzas diametralmente opuestas. ¿Qué fuerzas eran éstas? Reiter lo ignoraba, sólo intuía que ambas fuerzas provenían de una única fuente, que era la locura” (937-938). Seguir adelante significa acatar la órdenes, por más disparatadas que resultaran.

Leo Sammer no puede hacer nada por los niños alcoholizados, como no podrá hacer nada por los judíos. No puede salvar a nadie, porque el objetivo del nazismo no era salvar al otro, sino de hundirlo en la más grande de las miserias humanas: la

desaparición completa, la aniquilación total de cualquier vestigio de humanidad que pudiera implicar el otro. El otro, judío o niño alcoholizado polaco, no tiene voz, nombre o rostro, está completamente anulado. Ésta es la experiencia de Sammer con la llegada de los judíos provenientes de Grecia. El burócrata del gobierno alemán tiene la instrucción de matar a quinientos judíos, sin tener los medios para hacerlo. Estos judíos debían haber viajado a Auschwitz y, por error, son llevados al lugar en donde se encuentra Sammer. Al no poder hacer nada para reubicarlos, Sammer debe acatar la orden de aniquilarlos.

El discurso de la aniquilación de los judíos se aleja del tono confesional y se aproxima a los argumentos y explicaciones de tipo administrativo. Sammer debe actuar sin dilación y cumplir con las órdenes de sus superiores. Decide matar a los judíos y echarlos en un lugar apartado del pueblo: “A unos quince kilómetros del pueblo había una hondonada que conocía uno de mis secretarios. La fuimos a ver. No estaba mal. Era un sitio apartado, lleno de pinos, de tierra oscura” (951). Esta voz narrativa discurre en términos propiamente burocráticos. Sammer ha dejado atrás cualquier consideración “humana” para proceder a la cumplir con la orden. La hondonada es revisada como si se tratara de un asunto cualquiera y no de un lugar para asesinar y deshacerse de los judíos.

En los siguientes fragmentos se expresa una secuencia narrativa, relacionada con los asesinatos de los judíos:

A la mañana siguiente fui personalmente a buscar al jefe de policía a su casa. En la acera, frente a mi oficina, se concentraban ocho policías [...]. Les dije que actuaran con eficiencia y que regresaran a mi oficina para informarme de lo acontecido (952).

A la cinco de la tarde volvió el jefe de policía y mi secretario. Parecían cansados. Dijeron que todo había salido según lo planeado. Fueron a la antigua curtiduría y salieron del pueblo con dos brigadas de barrenderos. [...] Salieron de la carretera y se dirigieron con paso cansino a la hondonada. Y allí había sucedido lo que tenía que suceder (*idem*).

A la mañana siguiente se repitió la misma operación, sólo que con algunos cambios: en vez de dos voluntarios contamos con cinco y tres policías fueron sustituidos por otro tres que no habían participado en las tareas del día anterior (*idem*).

A media tarde desaparecieron otras dos brigadas de barrenderos y por la noche envié al secretario que no había estado en la hondonada y al jefe de bomberos a organizar cuatro nuevas brigadas de barrenderos con los judíos griegos (*idem*).

Los fragmentos anteriores inician con una marca temporal, seguida de la acción realizada. Esta forma es semejante a la del informe de actividades de la burocracia. Sammer ofrece a Reiter la información detallada, especificando la hora del día en que ocurrieron las acciones. Este formato tiende a disimular el horror de lo que realmente ocurrió. Además, este discurso de la burocracia administrativa se estructura a

partir de eufemismos: no se trata de “brigadas de barrenderos”, sino de personas, de judíos, que son asesinados a sangre fría. Se habla de policías, de armas, de “la misma operación”, de “las brigadas de barrenderos”, de la organización, del “trabajo cumplido”, de planeación, de eficiencia, pero no se habla de crímenes contra personas indefensas.

Uno de los silencios más aterradores es el que acalla la voz del otro, lo anula en vida, pero hay algo aún peor, la imposibilidad de morir como ser humano. Los judíos no mueren en calidad de sujetos, de individuos, sino de masa indivisa. Hannah Arendt escribió sobre la aniquilación de los judíos: “murieron como ganado, como cosas que no poseyeran en el cuerpo, ni alma, ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello” (Forster: 224). Estas personas son arrojadas a una fosa y desaparecidas; se les arrebató “su” muerte despojándolos de la dignidad de morir.

El personal administrativo, los choferes, los policías, los bomberos, los voluntarios, se habían agotado ante la tarea de exterminar a seres humanos, lo cual es eufemísticamente denominado “rudeza del trabajo”: “Al final de la semana habían desaparecido ocho brigadas de barrenderos, lo que hacía un total de ochenta judíos griegos, pero tras el descanso dominical, los hombres empezaron a resentir la rudeza del trabajo” (Bolaño, 2009: 953). Sammer debe buscar una alternativa y la encuentra. Recluta a los niños alcoholizados para hacer esta tarea y les ofrece, a cambio, alimento para sus familias: “Les dije que habría vino para todos ellos y también pan y salchichas. No reaccionaron. [...] Interpreté su silencio como una respuesta afirmativa y los envié a la hondonada a bordo de un camión, acompañados por cinco policías y un cargamento de diez fusiles y una ametralladora que, según me habían informado, se encasquillaba a las primeras de cambio” (954).

Para el régimen, representado aquí por Sammer, los judíos son cosas, lo mismo que los niños polacos. A ambos se les utilizará para cumplir con el deber, para alcanzar los fines contruidos de manera abstracta por la razón instrumental. En otro sentido, para lograr la realización de la Historia, vista en términos de un Absoluto hegeliano. Los rostros, los nombres, las situaciones no existen; lo que hay es un Absoluto que se efectúa y con ello se alcanza la verdad. En este mismo sentido se cumple en la modernidad la idea de que “es necesario matar a un determinado pueblo, a una raza, para garantizar la prosperidad ulterior de la humanidad matando a una parte de la misma” (Safranski: 228).

No sólo destacan los crímenes contra los judíos. Lo que el régimen, a través de Sammer, hizo con los niños, hombres y mujeres polacos es también un crimen contra la humanidad. La separación de las familias, la falta de oportunidades de desarrollo para la comunidad, la indiferencia hacia los niños a quienes convirtieron en asesinados, son acciones criminales: “A las diez de la noche volvieron todos, los escoltas y los niños borrachos y los policías que a su vez habían escoltado e instruido en el manejo de armas a los niños. [...] Todo había ido bien, me contó uno de mis secretarios, los niños trabajaban a destajo, y los que querían mirar miraban y los que no querían mirar se apartaban y volvían cuando ya todo había terminado” (955).

Sammer insiste en llamar “trabajo” al asesinato de judíos a manos de los niños. Se insiste, también, en ofrecer un balance del día, “todo había ido bien”, como si se tratara de mercancía o de desechos. Las atrocidades parecen no tener fin. Los niños “hacen su trabajo” en un páramo helado, por lo que enferman de pulmonía y mueren: “A la mañana siguiente cinco de los niños presentaban un cuadro típico de pulmonía y el resto, quien más, quien menos, se hallaba en un estado lamentable que les impedía ir a trabajar” (956). Esta manera de hablar de Sammer provoca indignación en el interlocutor, Reiter, debido a la acumulación del sin sentido. Niños borrachos, que se entretienen jugando fútbol en la calle, se convierten en asesinos de judíos, a cambio de comida y vino, y además mueren de pulmonía mientras asesinan. Este discurso sin sentido es una expresión del fracaso rotundo de la humanidad.

Sammer no acepta abiertamente su culpabilidad, aunque, ya se dijo, el acto de confesión implica la necesidad de la expiación. Este personaje justifica su actuación por el tipo de trabajo que realizó durante el régimen, que era el trabajo al que podía dedicarse debido a su carácter. Él no asesinó con sus propias manos, y tampoco hizo el mal intencionalmente:

Fui un administrador justo. Hice cosas buenas, guiado por mi carácter, y cosas malas, obligado por el azar de la guerra. Ahora, sin embargo, los niños borrachos polacos abren la boca y dicen que yo les arruiné su infancia, le dijo Sammer a Reiter. ¿Yo? ¿Yo les arruiné su infancia? ¡El alcohol les arruinó su infancia! ¡El fútbol les arruinó su infancia! ¡Esas madres holgazanas y descriteriadas les arruinaron su infancia! No yo.

Y más adelante, agrega: “Otro en mi lugar —le dijo Sammer a Reiter— hubiera matado con sus propias manos a todos los judíos. Yo no lo hice. No está en mi carácter” (959).

Hans Reiter asesina a Sammer. Este asesinato podría ser interpretado de dos maneras. Por una parte, podría pensarse que Reiter asesinó a este personaje, por compasión. Sammer tenía a los soldados estadounidenses, ya que estaba seguro de que lo someterían a “escarnio público” (*idem*). Por otra parte, se podría concluir que Reiter terminó por odiar a Sammer, porque lo consideraba “un asesino de judíos”. En un diálogo con su novia se lee: “El tipo al que había matado, le dijo, se llamaba Sammer y era un asesino de judíos” (971). Desde mi perspectiva, la primera presunción no se sostiene. Si revisamos completa “La parte de Archiboldi” nos damos cuenta de que Reiter sentía simpatía por Ansky, el judío que deja guardados unos apuntes con sus memorias, que Reiter encuentra tiempo después y lee con asiduidad. Reiter sentía simpatía por este personaje, escritor, de algún modo, que fue asesinado por ser judío.

Sammer era un funcionario menor carcomido por la culpa, sobre todo, por la muerte de su hijo. La confesión que hace a Reiter tiene como finalidad desahogar esta culpa. El otro, en este caso Reiter, sigue sin ser nadie para él, como lo fueron los judíos y los niños polacos. Reiter dice con asombro: “Todo esto ocurrió en un campo de prisioneros —dijo Reiter. No sé quién se pensó Sammer que yo era, pero no paraba de contarme cosas” (*idem*).

Bolaño pone el mal en palabras. Para ello elige la interdiscursividad, de manera semejante a lo que realiza en “La parte de los crímenes”. El discurso de la administración, que utiliza formas indirectas para hablar de lo real, insertado en el marco del discurso ficcional, cobra otro sentido. Este discurso evidencia su inutilidad, característica con la que las instituciones de los estados hablan del horror.

#### IV. Consideraciones finales

En 2006, Roberto Bolaño realiza un ejercicio de memoria parecido a aquellos que de manera entusiasta rescataba Walter Benjamin, a partir del trabajo de los historiadores. En sus famosas “Tesis de filosofía de la historia”, Benjamin nos habla de la memoria como reparadora de los vencidos (67). La memoria se hace cargo de las voces que fueron silenciadas y el historiador tiene entre sus tareas realizar esta recuperación; ofrecer a los vencidos la ocasión de permanecer en el recuerdo. Sin haber sido historiador, ésta parece ser la convicción de Bolaño al haber escrito esta novela.

Ahora bien, la recuperación de los vencidos es, de suyo, un acto memorístico doloroso. Puede que todo acto de memoria sea doloroso, porque se trata de la recuperación de lo que fue algún día y no tenemos más; pero la memoria de aquellos con quienes se cometieron actos de vejación y humillación es, por antonomasia, la del dolor.

En el siglo xx hemos confundido los deseos con la realidad. Esto nos ha conducido a cometer actos de barbarie inenarrables. No obstante, Bolaño no está dispuesto a callar y busca la manera de contar el horror, el mal y la perversión, que asolan al mundo actualmente.

En ambas partes, “La parte de los crímenes” y “La parte de Archimboldi”, se echa mano de la estrategia de la interdiscursividad, así como de la yuxtaposición de historia, y la construcción en abismo. Al insertar discursos diferentes del ficcional desestabiliza los tipos de discursos, provocando con ello la pérdida de límites y creando híbridos.

Estas estrategias, no obstante, no pretenden ser solamente juegos ingeniosos con el lenguaje, los tiempos, espacios o estructuras narrativas. Los diferentes discursos sociales, que no promueve la concientización ni la acción en la cotidianidad, se vuelven cáusticos interconstruidos con el discurso ficcional.

#### Obras citadas

- ALBADALEJO, Tomás. 2005. “Retórica, comunicación, interdiscursividad”. *Revista de Investigación Lingüística*, vol. VIII, núm. 1. Murcia: Ediciones Universidad de Murcia. Pp.7-33.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL. 2003. “A las mujeres de Ciudad Juárez y Chihuahua, ¿quién las protege?” *Informe Amnistía Internacional*. 14 de agosto de 2012. <<http://www2.amnistiainternacional.org/publica/mexico/cap1.pdf>>.

- ARENDE, Hannah. 1983. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza.
- BAJTÍN, Mijail. 1992. *The dialogic imagination*. Austin: University of Texas Press.
- BENJAMIN, Walter. 2007. *Tesis de filosofía de la historia*. Buenos Aires: Terramar Ediciones.
- BOLAÑO, Roberto. 2009. *2666*. Barcelona: Anagrama.
- . 2004. *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama.
- FORSTER, Ricardo. 1999. *El exilio de la palabra*. Buenos Aires: Eudeba.
- FOUCAULT, Michel. 2008. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- . 1999. *La historia de la sexualidad en la época clásica*. I. México: Siglo XXI.
- HERRALDE, Jorge. 2005. *Para Roberto Bolaño*. Barcelona: Acantilado.
- KISSEL, Hans. 2005. *Hitler's Last Levy: The Volkssturm 1944-45*. West Midlands: Helion & Company.
- SAFRANSKI, Rüdiger. 2002. *El mal o el drama de la libertad*. Barcelona: Tusquets.